



Barcelona 16

Mayo 1860.

SEMANARIO ENCICLOPÉDICO ILUSTRADO.

SUMARIO: Texto.—Los cuatro Enríques, por Federico Soulié.—Virtud y abnegación, por D. Fernando de Anton.—Als voluntaris catalans, poesía por D. B. Fábrega.—La España triunfante, por D. Nilo María Fabra.—Sonet, por D. L. Desideri Lacasa.—Tristura, por Don Francisco Tusquets.—La nariz, por M.—Teatros.—Epigrama.—Ilustración.—Caricaturas, por Persianas.

LOS CUATRO ENRIQUES,

POR

Federico Soulié.

La historia presenta singulares analogías y sucesos tan semejantes, que podría muy bien creerse están ordenados por una constante fatalidad, y son el inevitable destino de ciertas familias. Una de las más curiosas entre esas analogías, es sin duda alguna por sus circunstancias idénticas, la que ofrece la familia real de los Capetos siempre que cualquiera de sus individuos ha llegado al trono. Así, á la sucesión de tres hermanos al s6llo de Francia, ha precedido siempre la estinción 6 esclusion de la dinastía antigua, tan luego como ha dado lugar á una nueva rama. Muere Felipe el hermoso, dejando cuatro hijos, de los cuales tres ocupan el trono simultáneamente; primero Luís Hutin, Felipe el largo despues, y por último Cárlos el hermoso. Estínguese la raza de los Capetos, reemplazándola la de los Valois. Tan luego como esta cumplió el tiempo de su reinado, perdió el cetro, pasando por las mismas circunstancias que la antecedente. Enrique II deja cuatro

herederos, de los que tres llegan á ser soberanos de Francia: Francisco II, Cárlos IX y Enrique III. Concluyen los Valois y empiezan los Borbones. Ya hemos visto acabarse la rama principal de los Borbones, despues de los reinados de Luís XVI, de Luís XVIII y de Cárlos X: los tres hermanos, y los tres ascendidos al trono.

Hé aquí otra singularidad que se halla consignada en una de esas numerosas producciones del siglo décimo sexto, y cuya narración hemos tomado de un libro impreso en la Haya con el título de *Doigt de Dieu*, Dedo de Dios. Hemos procurado suprimir los detalles superfluos, conservando, sin embargo, su espíritu y aproximando la conclusión al punto de partida, procurando hacer resaltar desde luego lo estravagante y supersticioso del asunto.

Una tarde que llovía á torrentes, dícese que una anciana, que pasaba en el país por hechicera, y que habitaba una pobre cabaña en la selva de San-German, oyó llamar á la puerta: abrió y se encontró con un caballero que llegaba á pedirle hospitalidad: hízole entrar, colocando en seguida su caballo en una especie de granero. A la claridad de una humeante lámpara, pudo distinguir que era un jóven que debía pertenecer á una elevada clase. La fisonomía anunciaba su juventud, y el traje su calidad. La anciana preparó un buen fuego para que pudiese calen-

tarse, y le preguntó si quería tomar alguna cosa. Un estómago, así como un corazón, de diez y seis años, son tan ávidos como poco difíciles, de contentar; así es que el noble joven aceptó. Un pedazo de queso y un mendrugo de pan casi negro que sacó de un arca, eran todas las provisiones de aquella infeliz.

—No tengo otra cosa, dijo al joven: he aquí todo lo que me dejan para poder socorrer á los pobres viajeros, el diezmo, los tributos y las gabelas, sin contar lo que los villanos de estos alrededores me roban de los mezquinos productos de mi campo, despues de llamarme hechicera, y decir que tengo pacto con el diablo, para poderlo hacer sin remordimientos de conciencia.

—Oh! dijo el noble joven. Si yo llegase á ser rey, quitaría los impuestos y haría instruir al pueblo.

—Dios os oiga, dijo la vieja.

En esto el joven se acercó á la mesa para comer, pero en el mismo instante un nuevo golpe dado en la pueria, le hizo parar. Abrió la vieja y vió que era otro caballero que acosado por el aguacero, venia tambien á pedirle hospitalidad. Fuéle esta concedida, y habiendo entrado, observó que era otro joven de esclarecida estirpe.

—¿Sois vos, Enrique? dijo uno.

—Sí, Enrique, contestó el otro.

Los dos se llaman Enrique. Por la conversacion que tuvieron en seguida, pudo la vieja comprender que pertenecian á una numerosa partida de caza que habia acompañado al rey Carlos IX y que la tempestad habia dispersado.

—Anciana, dijo el recién llegado, no teneis otra cosa que darnos?

—Nada mas, respondió aquella.

—Entonces, nos vamos.

El primer Enrique hizo un gesto; pero reparando en la mirada resuelta y en la presencia nervuda del segundo, le dijo con voz alterada por el enojo.

—Partámoslo, pues!

Tras estas palabras, habia este pensamiento que no se atrevió á espresar. Lo partiremos, mas bien que se lo lleve todo.

Sentáronse por tanto frente á frente, y ya uno de ellos iba á dividir el pan con su daga, cuando un tercer golpe dejóse oír en la puerta. El encuentro era singular: era otro noble, otro joven y lo que es mas, otro Enrique. La vieja se puso á considerarlos con sorpresa.

El primero trató de ocultar el queso y el pan; el segundo volvió á ponerlos sobre la mesa colocando al lado su espada. El tercer Enrique se sonrió.

—No quereis, dijo, que yo participe de vuestra cena? Bien: yo puedo esperar; pues todavía no siento debilidad.

—La cena, repuso el primer Enrique, pertenece de derecho al primero que llegó.

—La merienda, dijo el segundo, pertenece á quien sepa mejor defenderla.

El tercer Enrique enrojeció de cólera, y dijo con energía.

—Tal vez pertenezca á quien mejor sepa conquistarla.

Todavía no habian sonado estas palabras, cuando el primer Enrique tiró de su puñal, y los otros dos de sus espadas.

Ya iban á venir á las manos, cuando llaman por cuarta vez á la puerta, y entra un cuarto joven, tambien noble y tambien Enrique.

Al ver desnudas las espadas, saca la suya, se pone al lado del mas débil y ataca aturdido á diestro y siniestro.

La vieja se quita de en medio horrorizada mientras las armas destruyen cuanto encuentran á su alcance. Rómpe-se la lámpara, se apaga, y los tajos se dirigen en la mayor oscuridad. El ruido causado por el choque de las espadas dura algun tiempo, despues se amengua gradualmente, hasta llegar á concluirse del todo. Entonces la anciana se atreve á salir de donde se habia escondido, vuelve á encender la lámpara y vé á los cuatro jóvenes tendidos en tierra, y con una herida cada uno.

Examínelos con atencion: habian caído mas bien desfallecidos de cansancio, que por falta de sangre. Levántanse uno despues de otro, y avergonzados de lo que acababan de hacer, se echan á reír diciendo:

—¡Vamos á ver! cenemos en buena armonía y sin rencor.

Pero cuando llegaron á buscar la cena, la hallaron desparramada por el suelo, pisoleada y empapada en sangre. Por mas que era tan pobre y reducida, no dejaron de sentirlo. Además, la cabaña estaba desolada, y la anciana, desde un rincón, llena de pavor y sorpresa dirigia su mirada escudriñadora á los cuatro jóvenes.

—Por qué nos mirais así? dijo el primer Enrique, turbado por aquella mirada.

—Es porque veo vuestros destinos escritos sobre vuestras frentes, contestó la vieja.

El segundo Enrique le mandó con dureza que los revelara; á lo que tambien los otros la indujeron, aunque riéndose de la ocurrencia.

La vieja les dijo entonces:

—Así como os habeis reunido los cuatro en esta cabaña, así tambien os reunireis todos en un mismo destino. De la misma manera que habeis pisado y manchado con sangre el pan que os ha ofrecido la hospitalidad, así mismo pondreis bajo vuestros piés y regareis con sangre, el reino que os pueda pertenecer. Así como habeis devastado y empobrecido esta cabaña, así tambien devastareis y empobrecereis la Francia; del mismo modo que los cuatro habeis sido heridos en la oscuridad, así igualmente los cuatro perecereis por traicion, y de muerte violenta.

Los mencionados cuatro jóvenes, no pudieron evitar la risa al escuchar las predicciones de la vieja.

Estos nobles jóvenes eran los cuatro héroes de la Liga que se dieron despues á conocer, dos como sus jefes y los otros dos como sus adversarios.

Demás es decir que las tristes predicciones se cumplieron.

Enrique de Condé fué envenenado por su esposa en san Juan de Angely.

Enrique de Guisa, asesinado en Balois por los cuarenta y cinco.

Enrique de Volois (Enrique III) asesinado por Jaime Clemente en Saint-Cloud.

Enrique de Borbon (Enrique IV) asesinado en París por Ravaillac.

VIRTUD Y ABNEGACION.

Los salones del palacio del Sr. Marqués del Rio estaban animadísimos una noche de Mayo de 1850.

La aristocracia madrileña concurría al desposorio del joven Marqués con la Señorita D.^a Elena Manrique.

La concurrencia se agrupaba á un salon azul donde se habia improvisado un altar.

El Marqués estaba radiante de felicidad. Elena iba vestida de blanco: pálida y con los ojos fijos en el suelo parecia una estatua. Su hermosa frente enardecida con la fiebre, secaba las flores de su corona y sus manos heladas se estendian hácia el frente como si quisiera huir de un abismo.

Empezó la ceremonia. Reinaba un silencio solemne.

El sacerdote preguntó «¿Quiere V. casarse con el señor Marqués del Rio? » Elena sintió que las fuerzas le fallaban, vaciló y haciendo un esfuerzo supremo dijo « Sí »

La orquesta rompió con un waltz de Straus: las jóvenes parejas se lanzaron formando un torbellino sobre los pavimentos alfombrados.

La alegría se dibujó en todos los semblantes.

El joven Marqués fué á recibir los plácemes de sus amigos y Elena trémula, con el corazon oprimido atravesó los salones y necesitando aire salió al *parterre*.

La luna iluminaba melancólicamente las flores, las cuales daban á las áuras sus perfumes.

Elena apoyó los codos en el pedestal de una estatua, se oprimió las sienes con las manos y prorumpió en llanto.

¿Qué pena desgarraba su corazon? Cómo! la hija de un ex-palaciego arruinado no era dichosa con una corona de Marquesa? Oh! es que Elena no amaba á su esposo, es que su corazon latía por Jorge; á él juró amor eterno, en él cifró su paz y su ventura.

Mientras la recién desposada se entregaba á sus tristes pensamientos un joven se acercó, clavó sus negros ojos en ella y cubriéndose sus mejillas de mortal palidez, dijo:

—Señora....

La pobre joven levantó la cabeza y un frio gracial se estendió por sus venas, no pudo sostener la mirada de aquel hombre, el cual exclamó con voz conmovido:

—He querido apurar hasta la última gota el cáliz de amargura, he querido escuchar la palabra impia que debia pronunciar la pérfidia con su sonrisa de ángel.

—Perdon, Jorge, perdon! Yo te he amado como no se ama en el mundo... Oh! tu no sabes cuanto he llorado... tu no eres capaz de comprender en tu frio egoismo lo que sufre un corazon que se le tortura, que se le tiraniza.... Mi padre arruinado, desvalido, desesperado se arrodilló á mis plantas diciéndome: «Tú me puedes salvar, sálvame!» Y lo he salvado.

Las lágrimas corren por las mejillas de Elena.

Jorge la mira compasivo: comprende todo lo que encierra de grande aquella alma noble y sintiendo renacer en su corazon el amor vehemente, se acerca; la coje las

manos, sus pupilas acarician aquella imágen tan bella como desgraciada.

—Te perdono, Elena mia; pero dime una palabra, una sola palabra: ¿me amas?

La joven levanta la frente con la dignidad de una reina, fija la severa mirada en Jorge y esclama con sequedad;

—Soy la esposa del Marqués del Rio.

Jorge baja tímidamente la cabeza, da un débil suspiro y haciendo un desesperado esfuerzo desaparece murmurando:

—Adios y para siempre!

Elena le sigue con los ojos cubiertos de lágrimas, su corazon va tras él, sus rodillas se doblan y cae exclamando con toda la amargura de la desesperacion: «Dios mio! se va y para siempre!»

II.

Trascurrieron cinco años de la escena que hemos descrito.

Serian las diez de la noche. Un quinqué arrojaba incierta luz en un saloncito en el cual estaba la Marquesa del Rio acariciando á sus dos hijas, Blanca y María.

La puerta del saloncito se abrió y apareció el Marqués. Su aire era sombrío, su traje descompuesto, sus pupilas giraban como queriendo saltar de sus órbitas.

Las dos niñas asustadas del ceño del Marqués prorrumpieron en llanto.

—Saca á esas niñas de aquí. No esloy para chiquillas, gritó el Marqués dando una palada.

Elena tomó á sus dos niñas en brazos y las entregó á una doncella.

El Masqués dió dos vueltas; se paró como meditando y despues dijo:

—Dáme el dinero que tengas.

Esta mañana te he dado todo el que me quedaba.

Estas palabras aumentan su frenesí, da una vuelta mas y de repente grita:

—¿Qué haces aquí? Véte, quiero estar solo.

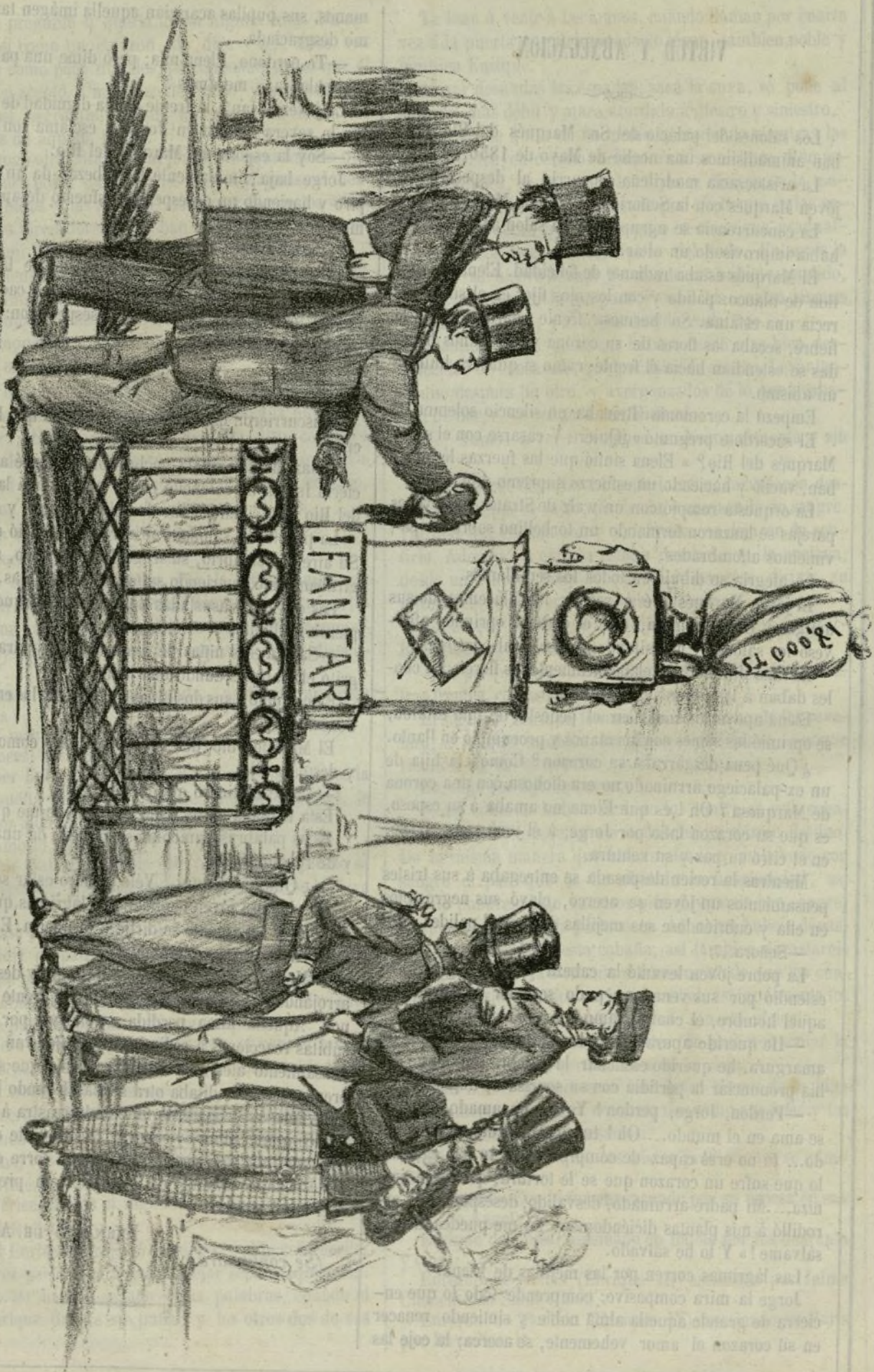
La virtuosa joven contiene las lágrimas que acuden á sus ojos y lentamente se dirige á la puerta. El Marqués la mira con ternura exclamando:

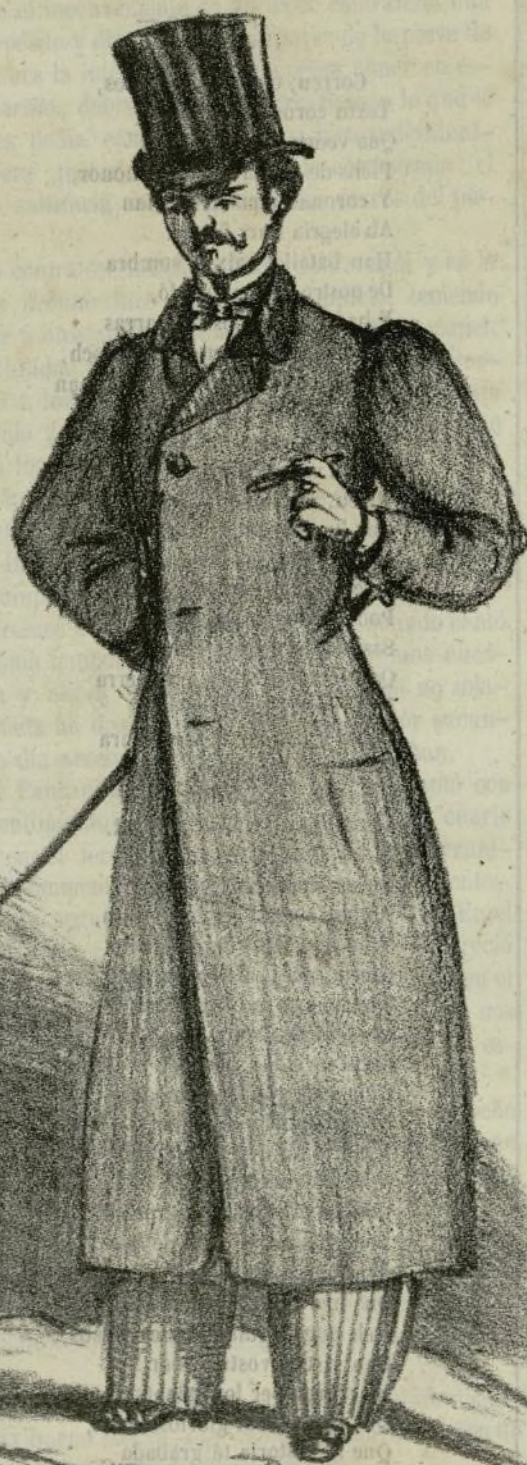
—Merecias otro hombre: te hago muy desgraciada! y arrojándose á una butaca se cubre la frente con las manos. Aquella alma perdida va tal vez por una de esas súbitas reacciones á redimirse; sus ojos van á llorar y su pensamiento aterrado ante el porvenir que sus excesos le preparaban, meditaba otra senda llevando la virtud por guia. Pero ay! conado la fatalidad arrastra á la perdicion, parece que el alma oye una voz irresistible que le grita; *adelante, adelante* siempre *adelante* y corre como torrente despeñado saltando de precipicio en precipicio hasta caer en el abismo.

FERNANDO DE ANTON.

(Se continuará.)

¡Murio FANFAR! lloremos tan sensible pérdida y pongamos una fúnebre corona sobre su tumba.





MODAS.

Insertamos á continuacion las siguientes poesías que no pudieron tener cabida en nuestro número anterior.

Als voluntaris catalans.

Correu, correu presurosos,
 Texiu coronas de llor,
 Que venen los *voluntaris*
 Plens de gloria, plens d'honor,
 Y coronareu quant' entrian
 Ab alegria llurs fronts.
 Han batallat baix la sombra
 De nostre estimat pendó,
 Y han colocat nostres barras
 Sempre, sempre en primer lloch,
 Qu' els catalans sempre 's troban
 Ahont lo perill es més fort.
 Mireu sas caras torradas
 Per la serena y el sol;
 Mireu, mireu sos vestits
 Que han perdut sa brillantó;
 Contempleu sas barratinas
 Que ha fugit son roig color;...
 Podeu calcular sas penas,
 Sas moltes tribulacions,
 Qu' el catalá si está en guerra
 No té ni vol may repós;
 Quant se tracta de son honra
 Ni menga, ni menos dorm,
 Sino que sempre está alerta
 Y sempre al combat dispost.
 Si los almogávares foren
 De sos enemichs terror,
 No han vulgut ser menos ara,
 Y ho han sigut del Marroch.
 Gloria, puig, als *voluntaris*,
 Que han anyadit un floró
 Al escut de Catalunya,
 Escut de si tan gloriós:
 Gloria als que fóren modelo
 De hidalguia y de valor,
 Y gloria als que trapitjaren
 A lo marroqui pendó.
 Catalunya os don las gracias
 Y os sembra el camí de llors.

¡ Ben vinguts siau, *voluntaris*!
 Qu' heu sigut la admiració
 Dels que, seguint vostres passos,
 Han vist lo vostre valor!...
 No ploreu per los valents
 Que han trobat gloriosa mort,
 Que la historia té grabada
 Los seus noms ab lletres d' or...
 Heu probat que 'ls catalans
 Se distingian per tot,
 Y que son, y han sigut sempre,
 De sos enemichs terror.

B. FÁBREGA.

LA ESPANYA TRIUNFANT.

De un roure corpulent baix lo ramatje,
 Una dona plorant aixis parlaba,
 Lo riu contemplant com reflexaba
 De un vert llaurer lo remorós follatje:
 « ¡ Ay! ja ha passat dels héroes lo llinatge!
 ¡ Aquell temps que lo mon me respectaba;
 Que las mes grans nacions jó gobernaba,
 Del riu aquet reflexo es sols imatge.....! »
 Mes aixeca los ulls y de goig plora,
 Puig lo llorer que reflexá lo riu
 Allá lo mira verdader; y diu;
 « ¡ Si mon passat fou gran, la lluna mora
 Dirá que no han passat las mèvas glorias
 Puig conta sos combats ab mas victorias! »

NILO MARÍA FABRA.

Barcelona 3 de Maig de 1860.

SONET.

LA tú llaor y gloria, esforsat Prim,
 L héroe invicte, que d' Espanya l' clam
 C ontra Marrochs, de feras mal aixam,
 O hint, dignéres: Cap allá ja eixim,
 M uyra l' salvatge, puig valor tenim
 P era embestirlo fins que lo vejam
 T rémul besar la ensenya que portam,
 E nsangrentant la terra en que l' cullim.
 D e tón valor ja probas tots n' habem
 E spavorintlo com lo vent al fum,
 R omputs sos membres, desd' aquí vehem
 R n terra la fieresa que presum.
 U mplen tos fets la historia, y lo tèu nom
 S erá alabat ja sempre per tothom.

LL. DESIDERI LACASA.

TRISTURA.

Tiende su velo la callada noche
 Sobre el valle del llanto y del penar;
 Cierra la flor su delicado broche
 Al impulso del aura nocturnal.

La pintada y alegre mariposa
 Bate sus alas con pausado son,
 Buscando un lecho en la dormida rosa
 Donde pueda gozar sueños de amor.

La brisa melancólica y serena
 Alza su canto postrimer de paz;
 Todo enmudece en la floresta amena,
 Menos la fuente que llorando va....

... Oh noche solitaria y sin placeres!
Triste madre del luto y del pavor,
Yo te adoro en mi llanto, porque tú eres
La imágen de mi pobre corazon!...

Mas ¡ ay ! que en este suelo, mi amargura
Encanto no conocé, ni solaz....
Siente mi pecho tu letal tristura,
Mas de tu calma no gozó jamás...!!

FRANCISCO MARÍA TUSQUETS.

LA NARIZ.

A un amigo ausente.

Me gusta mucho y siempre me ha gustado,
A un hombre ver de colosal nariz,
Que si acaso se mira vuelto á un lado
Le sobresalga en desigual deslíz.

Y pues te escribo á ti de nariz grande,
Que la natura por tu bien te dió,
Aunque la envidia mi silencio mande,
He de cantarla en do, re, mi, fa, sol....!

He de cantar los bárbaros primores
Que encierra una nariz piremidal;
Y al son de los clarines y tambores
Quiero cantar su gracia original.

Cada cual en el mundo un gusto tiene,
Que á veces suele hacerlo hasta feliz;
Y á mí por eso tanto me entretiene
El contemplar tu singular nariz.

Y que si acaso un beso allá en la boca
Posar yo quiero delirando amor,
Conozca yo que la nariz me toca,
Antes que el labio de fragante olor....

Tenemos ilusiones muy felices
Que la vida nos tornan en Eden;
Pues á mí la ilusion de las narices
En un Eden me la trocó tambien !!

Por eso al acabar estos renglones
Y á dar mi pluma el último deslíz,
Te envío yo velados de ilusiones,
Mil besos mil, á tu sin par nariz....!

M.

TEATROS.

LICEO.

Al ponerse en escena en este Gran Teatro, la inspirada ópera de Verdi, *Il Trovatore* ya vimos que tenía que luchar con el inconveniente de no tener contratada una *donna* á propósito y digna para encargarse de la parte de *Azucena*. Si era la intencion de la Empresa poner en escena este *spartito*, debia procurarse con tiempo lo que le faltaba, pues podia comprender que si bien individualmente la ópera gustaria y seria recibida con agrado; el conjunto no satisfaria cumplidamente los deseos del público.

Para ello contratóse la señora Mary de Pancani y en la noche de su *debutto* hizo un fiasco completo, teniendo que recurrir á otra artista que se encargase de su papel. Con la amabilidad que la caracteriza la señora Mas Porcell accedió á los deseos de la Empresa, y aun cuando fué aplaudida y cantó como no podia esperarse, no dejó satisfecho á los concurrentes. Cierlo que es digna de elogio esta señora; pero merece una severa censura la Empresa de este teatro por su descuido.

Está de Dios que nunca podamos ver una ópera que satisfaga cumplidamente.

Nada diremos de la señora Carozzi, pues cuando cantó en esta misma temporada esta ópera ya emitimos nuestra opinion y ahora únicamente diremos que no solamente en nada ha desmerecido, sino que, mejor sucundada, cada dia arrebató mas á los que la escuchan.

El señor Pancani nos dejó satisfechos pues cantó con gusto y sentimiento las romanzas del primer y cuarto actos, y en el tercetto final del cuarto era interrumpido á cada momento por los aplausos de los asistentes. En el duo del segundo acto tambien nos agradó. En el ária final del tercero y en todo lo demás no desmereció en nada de sus compañeros. Cuando esta artista está en el lleno de sus facultades entusiasmo. Díganos ahora si nos equivocamos al emitir nuestra opinion con respecto á este célebre tenor.

El señor Giraldoni estuvo inspirado en el desempeño del altivo *Conde de Luna*. Dijo el recitado de salida con tal colorido que el público le aplaudió unanimamente. En el ária del segundo acto nos dejó del todo satisfechos lo propio que en el duo del cuarto, donde á veces no se oian mas que los aplausos que llegaron hasta sofocar la música. A nuestro modo de ver es el que con mas acierto ha cantado é interpretado el personaje que estaba á su cargo.

En una palabra si la Empresa hubiese podido disponer de una buena *mezzo-soprano* cada representacion de *Il trovatore* habria sido un lleno completo.

El cuarto acto es una série de ovaciones para todos los artistas.

La orquesta y coros á pedir de boca.

Ya anteriormente nos ocupamos de las dos piezas primeras de la *Crónica* de los *Catalans en África*, y ahora diremos algo de las dos que se han estrenado últimamen-

te, la primera en dos actos con el título de *Ja hi som*, mereció los aplausos de los inteligentes su lindo primer acto en el que tienen lugar varios episodios de campamento, mereciendo particular mención la graciosa carta que un voluntario escribe á su muger. En cuanto al segundo acto tiene trozos muy bien escritos cuya versificación fluida y robusta es digna de encomio; pero hay alguna escena que no es de lo mas á propósito para llamar la atención de los espectadores, con todo, fuerza es confesar que la mezquindad en el aparato escénico por parte de la Empresa dejó mucho que desear, y esto fué causa de la poca impresión que causaron en los espectadores ambos finales.

La lindísima y última pieza *Ja tornan!* es un cuadro presentado con tal verdad que aun los menos dispuestos en favor del autor no han podido menos de confesar que tiene muchísimo mérito. Los aplausos que el público en masa le dispensó y la insistencia con que se pidió la repetición de la relación que á continuación insertamos son la prueba mejor del ingenio del señor Ferrer Fernandez.

Era l' vintitrés de Mars
y allà en vers la matinada
sentim ¡ Bom ! la canonada
que avisaba als militars.
Nos posem en moviment
cada escú per són camí:
fehía una bóira... que així
com som, no s' vehia la gent.
Sent tan fosch, es clar, fan senya
per que estéssem ben quiets tots,
pero l' cor nos fehía uns bots
com un gat que ha rebut llenya.
Sobre allà entre set y vuit
sentim ¡ á Tanger, minyons!
y al sentir roncá als canons
sen's va aixamplar l' esperit.
¡ A Tanger ! ¡ cap al Fondach !
cridaban de esquerra á dreta,
jo que agarro la corneta (*Pren lo porró.*)
y comenso á tocá atach. (*Béu.*)
Se va móurer tal masega
per aquells camps á través
que, noya, no crech may més
veurer tanta y tanta brega.
¡ Pim ! ¡ pam ! ¡ pom ! ¡ crich ! ¡ crach ! ¡ ay ! ¡ ay !
¡ Huy ! ¡ Dèu me valga ! ¡ Avant ! ¡ Au !.....
aquest se aixeca, aquell cau,
al altre li bè un desmay:
vet aquí lo que passaba
per tot arreu... ¡ Quins crostons !
La tropa allà com lleons,
cada carga que donaba...
¡ Que n' valia alló de rals !...
¡ Quin modo de afeitar gorjas !...
Mireu, minyons, he vist sorjas
quel's guera fet generals.
Vet aquí, donchs, que l' s fumuts
dels moros, van per allí
voltant la tropa, y així,
¡ jot' fum ! ja estaban perduts;
cuant á caball, tot fen bots
ve l' general, y nos diu:
¡ Catalanes, cap al riu,
y firmes cuan ellos, tots.

Desanimats y valents
sense por ni esperar tanda,
nos llansam al altra banda
ab lo fanch fins á las dents;
y mes llestos que mustels,
trenta mil milions de moros
sen's tiran... ¡ ca !... fèts uns toros;
perque l's moros... tenen pels.
¡ Ma caso am dena !... parats
varem estar un moment
trobant allí tanta gent
quen's fehian foch á roxats.
Pero llavors los minyons,
que l' valor may de ells se allunya,
cridant ¡ Viva Catalunya !
si tiran, y á tumbullons
marroquins y catalans
agafantnos de la orella,
com qui fá serra la vella
estabam tots entre mans.
Fuig per últim lo marroch
tement nostra bayoneta,
jo que agarro la corneta (*Pren lo porró.*)
y llavors toco ¡ alto l' foch ! (*Béu.*)

Damos, pues, nuestro parabien á su jóven autor y unimos nuestra voz á los que le aconsejan que siga el camino que ha emprendido seguro que logrará brillar en él.

Los catalanes debemos estarle reconocidos, pues en sus versos vemos pintadas las proezas que han hecho en el suelo agareno nuestros valientes Voluntarios, y el autor puede estarlo á su vez del Sr. Moragas (Luis) que con una verdad inimitable supo caracterizar tambien el papel de *Xarrach*, mereciendo unánimes aplausos en la relación citada.

Epigrama.

Ayer Juanita enfermó
De tal suerte, que moria
Y como Doctor no habia,
Todo el pueblo alborotó.
Su marido don Hilario,
Fué á buscarle; y al volver
Le dijo; no hay que temer,
Ya está aquí el Veterinario!

RAFAEL TEJADA Y ALONSO.

EL CAFÉ.

Se suscribe en Barcelona en la Imprenta de la Publicidad, bajada de la Cárcel, n. 6; y en las librerías de Manero y Popular-económica, Rambla de santa Mónica; Ginesta, Jaime 1.º, José Mañá, fuente de S. Miguel, n.º 4, y en las principales librerías del Reino. Redacción y Administración, en la misma imprenta.

PRECIOS.	En Barcelona.	En provincias
Seis meses.	19 rs.	24 rs.
Tres meses.	10 rs.	15 rs.
Un mes.	4 rs.	

Por lo no firmado, NILO MARÍA FABRA, Secretario.

DIRECTOR Y E. R. JOSÉ ANTONIO FERRER FERNANDEZ.

—Imp. de la Publicidad, de Antonio Flotats, bajada de la Cárcel, n. 6.